



De
seres
humanos





ANTOLOGÍA DE LUZ MARY GIRALDO



1. "HIELO, COCAÍNA Y ARCO IRIS". RAMÓN ILLÁN BACCA
2. "EL DESCENSO". JUAN CARLOS BOTERO
3. "QUIERO ES CANTAR". ROBERTO BURGOS CANTOR
4. "EL PADRE DE MIS HIJOS". ANTONIO CABALLERO
5. "SOLEDAD AL FINAL DEL COCHE CAMA". ÓSCAR COLLAZOS
6. "EL HOMBRE". GERMÁN ESPINOSA
7. "EL TESTAMENTO DEL CAPITÁN". ANDRÉS HOYOS
8. "PESADILLA EN EL HIPOTÁLAMO". JULIO CÉSAR LONDOÑO
9. "EL SONÁMBULO DESPIERTO". JULIO PAREDES
10. "NEVERMORE ALONE". GERMÁN PINZÓN
11. "SOLICITACIÓN EN CONFESIÓN". PHILIP PODTEVIN
12. "SE VENDE CAMA". EVELIO JOSÉ ROMERO
13. "LAS VACACIONES DE MR. ROCHESTER".
ROBERTO RUBIANO VARGAS
14. "COMO UN CIERVO, COMO UN JABALÍ, COMO UN
SIERVO". DANIEL SAMPER PIZANO
15. "EL DÍA DE LA PARTIDA". ENRIQUE SERRANO



* Giraldo, Luz Mary (selección). Cuentos de fin de siglo. Bogotá: Seix Barral, 1999

El Novelino

Novela XLIV

Que cuenta cómo un caballero requirió de amores a una dama

Un caballero solicitaba en amores a una dama cierto día, y decíale, entre otras palabras, que él era gentil y rico y hermoso sin medida, “y vuestro marido es así de feo como vos sabéis”. Y el tal marido estaba tras la pared de la cámara; habló y dijo:

—Messire, por cortesía concretaos a los hechos vuestros y no os mezcléis en los ajenos.

Messer Licio di Valbuona fue el feo, y Messer Rinieri da Calvoli fue el otro.

Eduardo Galeano

La autoridad

En épocas remotas, eran las mujeres quienes cazaban y pescaban. Ellas salían de las aldeas y volvían cuando podían o querían. Los hombres montaban las chozas, preparaban la comida, mantenían encendidas las fogatas contra el frío, cuidaban a los hijos y curtían las pieles de abrigo.

Así era la vida entre los onas, hasta que un día los hombres mataron a todas las mujeres.

Solamente las niñas recién nacidas se salvaron del exterminio. Como no conocían el secreto, no había peligro.

Cuando se hicieron mujeres, les dijeron que servir a los hombres era su destino. Ellas lo creyeron. También lo creyeron sus hijas y las hijas de sus hijas.



Luis Fayad

Reencuentro

La mujer dejó saber con la mirada que quería decirle algo. Leoncio accedió, y cuando ella se apeó del bus él hizo lo mismo. La siguió a corta pero discreta distancia, y luego de algunas cuabras la mujer se volvió. Sostenía con mano firme una pistola. Leoncio reconoció entonces a la mujer ultrajada en un sueño y descubrió en sus ojos la venganza.

—Todo fue un sueño —le dijo. En un sueño nada tiene importancia.

—Depende de quien sueñe —dijo la mujer. Este también es un sueño.

Vicente Huidobro

Tragedia

María Olga es una mujer encantadora. Especialmente la parte que se llama Olga.

Se casó con un mocetón grande y fornido, un poco torpe, lleno de ideas honoríficas, reglamentadas como árboles de paseo.

Pero la parte que ella casó era su parte que se llamaba María. Su parte Olga permanecía soltera y luego tomó un amante que vivía en adoración ante sus ojos.

Ella no podía comprender que su marido se enfureciera y le reprochara infidelidad. María es fiel, perfectamente fiel. ¿Qué tenía él que meterse con Olga?

Ella no comprendía que él no comprendiera. María cumplía con su deber, la parte Olga adoraba a su amante.

¿Era ella culpable de tener un nombre doble y de las consecuencias que esto puede traer consigo?

Así, cuando el marido cogió el revólver, ella abrió los ojos enormes, no asustados, sino llenos de asombro, por no poder entender un gesto tan absurdo.

Pero sucedió que el marido se equivocó y mató a María, a la parte suya, en vez de matar a la otra. Olga continuó viviendo en brazos de su amante, y creo que aún sigue feliz, muy feliz, sintiendo sólo que es un poco zurda.



Juan José Arreola

Ágrafa musulmana en papiro de oxyrrinco

Estabas a ras de tierra y no te vi.
Tuve que cavar hasta el fondo de mí
para encontrarte.

Juan Esteban Constaín

El genio del ingenio

Es una verdadera lástima, como dijo alguna vez Jorge Luis Borges en una de esas entrevistas que le hacían y cuyas respuestas eran todas pequeñas obras maestras, que el nombre del escritor irlandés Oscar Wilde esté asociado a dos hechos menores de su vida: sus gustos homosexuales y el juicio por sodomía —es decir por homosexualismo—, que le montó un amargo noble que en otras circunstancias, o por lo menos en estos tiempos libertinos, habría podido considerarse como su suegro. Se trataba del Marqués de Queensberry, padre del joven dandy Alfred

Douglas quien ofició como amante de Wilde durante algunos años, antes de propiciar, a instancias de un amor casi pagano, la ruina del gran maestro y la suya propia. Wilde, como se sabe, fue condenado por provocador —y él se preguntaba que cómo podían castigar una virtud tan bella— y pasó dos años en la cárcel de Reading. Douglas, en cambio, abandonó sus gustos y aceptó una vida feliz de hombre casado, consumiendo en el aburrimiento, por los siguientes ocho lustros, una ardiente nostalgia por la gracia de los días idos.

Lo cierto es que Wilde era un hombre excepcional, que hizo del ingenio, de la lucidez a toda prueba, una forma elevadísima del arte; tanto que podría decirse, sin sonrojos ya a estas horas de la vida, que el ingenio era la versión perfecta del genio del poeta y dramaturgo y ensayista irlandés. Un genio que no hacía ninguna distinción entre la vida y la obra, trasladando así, a las miserias cotidianas, destellos de un encanto que muchos creían sólo posible en los libros.

Lo prueban sus anécdotas prodigiosas, atravesadas todas por una ironía que de no serlo haría aún más lamentable, y sería, la

estupidez de los hombres. Un poeta, por ejemplo, le dijo una vez a Wilde: “Siento que mis colegas me excluyen, querido Oscar. Han montado en mi contra una conspiración del silencio. ¿Qué debo hacer?”. “Únete”, fue la respuesta estricta del moralista, que lo era a su manera. En otra ocasión, le consultaron su opinión sobre una obra teatral que había sido aclamada como un verdadero fiasco, y él apenas se encogió de hombros: “la obra era maravillosa, y el público un desastre”. Pero acaso sea su elogio de Madame de Mountemier la pieza capital del escritor Wilde, advertido por un amigo sobre la absoluta fealdad de tan grande dama francesa, quien los había invitado a ambos a cenar en su palacio a las afueras de París. Apenas la vio, Wilde profirió una mueca de horror, y Madame, que conocía perfectamente lo suyo y que quería evitarle a su ilustre comensal una vergüenza, le dijo en tono festivo: “¿Verdad señor Wilde que soy la mujer más fea de Francia?”. El poeta la tomó de la mano, besándosela, y le respondió con galantería: “Del mundo, señora. Es inútil restarse méritos tan evidentes”.

Feng Meng-Lung

El dedo

Un hombre pobre se encontró en su camino a un antiguo amigo. Éste tenía un poder sobrenatural que le permitía hacer milagros. Como el hombre pobre se quejaba de las dificultades de su vida, su amigo tocó con el dedo un ladrillo que de inmediato se convirtió en oro. Se lo ofreció al pobre, pero éste se lamentó de que eso era muy poco. El amigo tocó un león de piedra que se convirtió en un león de oro macizo y lo agregó al ladrillo de oro. El amigo insistió en que ambos regalos eran poca cosa.

—¿Qué más deseas, pues? —le preguntó sorprendido el hacedor de prodigios.

—¡Quisiera tu dedo! —contestó el otro.

Franz Kafka

El rechazo

Cuando encuentro una hermosa joven y le ruego: “Tenga la bondad de acompañarme” y ella pasa sin contestar, su silencio quiere decir esto:

—No eres ningún duque de famoso título ni un fornido americano con porte de piel roja, con ojos equilibrados y tranquilos, con un cutis templado por el viento de las praderas y de los ríos que las atraviesan, no has hecho ningún viaje por los grandes océanos y por esos mares que no sé dónde se encuentran. En consecuencia, ¿Por qué yo, una joven hermosa, habría de acompañarte?

Olvidas que ningún automóvil te pasea en largas acometidas por las calles; no veo a los caballeros de tu séquito que se abalanzan tras de ti y que te siguen en estrecho semicírculo, murmurándote bendiciones; tus pechos parecen perfectamente comprimidos en tu blusa, pero tus caderas y tus muslos los compensan de esa opresión; llevas un vestido de tafetán plegado, como los que tantos nos alegraron el otoño pasado, y, sin embargo, sonrías —con ese peligro mortal en el cuerpo— de vez en cuando.

Franz Kafka

Una pequeña fábula

—¡Ay! —dijo el ratón. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo; corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa, sobre la cual debo pasar.

—Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo —dijo el gato, y se lo comió.

Jaime Alberto Vélez

Arcano

Sólo al acercarse al patíbulo se supo que aquella mujer, que tenía fama de ser bruja, era tan sólo una cándida adolescente. De modo que al observar la belleza de su rostro recién descubierto, todos, dudando de la acusación, quedaron conmovidos por su hermosura y decidieron devolverle su libertad, que así, en



tres tribunales distintos, había obtenido como por arte de magia.

Andrés Felipe Chaves Gutiérrez

Aromas

En uno de sus viajes, el marinero notó que el aire estaba enrarecido, sentía que la densa niebla del amanecer venía impregnada de olores de diferentes tonalidades que envolvían su buque.

Sucedió que ráfagas de aire con aroma a rosas y escaramujos invadieron los rincones de la embarcación y los marineros, aún somnolientos, salieron a los pasillos en busca de la fuente de tan perturbador efluvio. Escarbaron bajo las camas y en los armarios, revisaron las rendijas que separan la primera planta del cuarto de máquinas, por si el olor se colaba desde ese lugar, y algunos hasta bajaron con cuerdas que arrojaron por la borda hasta las aspas de la nave para ver si acaso se trataba de unas enredadas algas de mar.

El olor penetraba aún más y su intensidad se hacía tan profunda que la tripulación, mareada por el vaho, empezaba a dar pasos de ciego, tropezando unos contra

otros, otros contra los muros y algunos más afectados caían al agua ante la mirada absorta de sus compañeros, que impotentes los veían alejarse mar adentro.

Era algo mágico, los aromas eran dulces y románticos, y con una bocanada o un suspiro se sentía una felicidad asesina e inaguantable. El oxígeno, contaminado recorría las venas hasta el corazón, llegaba así a todo el torrente sanguíneo y provocaba espasmos en el vientre, tan dolorosos como placenteros, que obligaban a los hombres a llevarse las manos al estómago y la boca.

El capitán se abrió paso violentamente y se deslizó como un ánima entre las demás almas de su tripulación; descendió entre las agonías y las súplicas de sus subalternos, hasta los pasillos estrechos, por donde se regaba la humanidad entre vómitos felices; encajó la llave en la cerradura de su camarote y dando vueltas sobre sí mismo buscó en su armario un pequeño baúl que estaba metido tras una bolsa de campaña.

Lo abrió con las últimas fuerzas que le quedaban. La crujiente tapa se levantó y dejó ver en el fondo una bolsa roja de



terciopelo anudada con hilos dorados que desató lentamente, sacó un pequeño frasco de vidrio negro con un diminuto corcho que retiró con cuidado. Lo acercó a su nariz, inhaló profundamente su aroma y después mojó sus labios con una gota de su contenido. Sintió cómo el mundo se estremecía y un líquido ardiente de sales bajaba por su garganta. Advirtió cómo su corazón se reprimió con violencia y luego estalló contra su pecho esparciendo en su interior las partículas mil veces fragmentadas de la gota que había bebido de aquella botella.

Poco a poco volvió en sí, sus sentidos regresaron a la calma y el mareo se fue desvaneciendo entre el sopor del nuevo aroma que recorría su cuerpo. Recobró sus fuerzas y se incorporó. Giró lentamente la manija de su camarote y recorrió de nuevo el pasillo y las escaleras hasta la popa.

Encontró que su nave estaba otra vez abandonada, sus hombres se habían lanzado al mar entre saltos felices y mortales. Sin embargo, se sintió afortunado. Tuvo las fuerzas para conducir su embarcación

de regreso a casa y comprendió que nada en este mundo podría sacarlo de su rumbo mientras tuviera aquél elipsis consigo. No podía evitar ese curso, estaba condenado a salir día tras día a navegar por donde los hombres se arrojaban y, aunque él alguna vez también declinó ante el extraño olor, ahora no temía a sus encantos.

Pues ese perfume a mujer, que tanto enloquecía, había dejado de ser tan implacable desde la mañana aquella en que besó a su amada y sin saberlo, tocó sus mejillas tibias de ternura y lágrimas. Fue en ese instante cuando su alma se arrodilló y comprendió que el antídoto para tantas agonías se encontraba en el cauce de ese espíritu.

A partir de ese instante, recogió sus lágrimas y las guardó para evitar sucumbir ante otra, para encontrar siempre el camino a casa por más trampas que le pusiera alguna diosa en celo. Él ya nunca sufriría más la tragedia de Homero o viviría la odisea de sus navegantes; lo inevitable era siempre ese espasmo final, ese pequeño hipo que le producían las lá-



grimas que tomaba, pues al pasar de unos minutos irremediamente padecía una profunda ansiedad y un irrefrenable deseo que le provocaba llevarse las manos a la boca para atajar esa nueva vida que de su vientre surgía, fruto del amor, muestra de todo su cariño, alada y diminuta, extendía sus extremidades la más hermosa mariposa amarilla que se escapaba de sus manos y emprendía vuelo libre sobre la costa de su océano.

Leopoldo Lugones

Aristocracia

—Soy recta —añade la
espina—, fuerte casta y valerosa.
La rosa murmura apenas:
—Yo soy la rosa...

Niu Chiao

Historia de zorros

Wang vio dos zorros parados en las patas traseras, y apoyados contra un árbol. Uno de ellos tenía una hoja de papel en

la mano y se reían como compartiendo una broma.

Trató de espantarlos, pero se mantuvieron firmes y él disparó contra el del papel; lo hirió en el ojo y se llevó el papel. En la posada, refirió su aventura a los otros huéspedes. Mientras estaba hablando, entró un señor, que tenía un ojo lastimado. Escuchó con interés el cuento de Wang y pidió que le mostraran el papel. Wang ya iba a mostrárselo, cuando el posadero notó que el recién llegado tenía cola. ¡Es un zorro!, exclamó, y en el acto el señor se convirtió en un zorro y huyó.

Los zorros intentaron repetidas veces recuperar el papel, que estaba cubierto de caracteres ininteligibles, pero fracasaron. Wang resolvió volver a su casa. En el camino se encontró con toda su familia, que se dirigía a la capital. Declararon que él les había ordenado ese viaje, y su madre le mostró la carta en que le pedía que vendiera todas las propiedades y se juntara con él en la capital. Wang examinó la carta y vio que era una hoja en blanco.



Aunque ya no tenían techo que los cobijara, Wang ordenó: Regresemos.

Un día apareció un hermano menor que todos habían tenido por muerto. Preguntó por las desgracias de la familia y Wang le refirió toda la historia. Ah, dijo el hermano, cuando Wang le refirió toda la historia. Ah, dijo el hermano, cuando Wang llegó a su aventura con los zorros, ahí está la raíz de todo el mal. Wang mostró el documento. Arrancándoselo, su hermano lo guardó con apuro. Al fin he recobrado lo que buscaba, exclamó y, convirtiéndose en zorro, se fue.

Miguel Méndez Camacho

Azabache

Un tal González, de profesión dudosa, no había cogido las riendas de Azabache cuando el animal salió como espantado, porque el empedrado empezó a bailar debajo de las patas. Iba para Maracaibo y a la seis de la tarde se sorprendió entrando a Chinácota, que queda en la otra punta del camino que tenía pensado.

Atravesó a Cúcuta a galope forzado y dice que vio muchos muertos y casas

caídas. Las grietas inmensas. Las gentes gritando. Y un nubarrón de polvo que parecía de noche.

De Chinácota telegrafiaron a Pamplona, de Pamplona a Bucaramanga y de Bucaramanga a Bogotá, en una larga cadena de clavijas y señoritas temblecas, y la noticia se engordó con los muertos que le fueron sumando gratis las telegrafistas. Y en la capital supieron que no había quedado piedra sobre piedra ni títere con cabeza; miles de títeres, por supuesto.

Sólo dos sobrevivientes: un señor González, contrabandista, claro, y un tal Assabach, que debería ser turco.

Mariana Frenk

Fábula

Un caracol deseaba volverse águila. Salió de su concha, trató muchas veces de lanzarse al aire y cada vez fracasó. Entonces quiso volver a su concha. Pero ya no cabía, pues habían empezado a crecerle las alas.



Liehtsé

El ciervo escondido

Un leñador de Cheng se encontró en el campo con un ciervo asustado y lo mató. Para evitar que otros lo descubrieran, lo enterró en el bosque y lo tapó con hojas y ramas. Poco después olvidó el sitio donde lo había ocultado y creyó que todo había ocurrido en un sueño. Lo contó, como si fuera un sueño, a toda la gente. Entre los oyentes hubo uno que fue a buscar al ciervo escondido y lo encontró. Lo llevó a su casa y dijo a su mujer:

—Un leñador soñó que había matado un ciervo y olvidó dónde lo había escondido y ahora yo lo he encontrado. Ese hombre sí que es un soñador.

—Tú habrás soñado que viste un leñador que había matado un ciervo. ¿Realmente crees que hubo un leñador? Pero como aquí está el ciervo, tu sueño debe ser verdadero —dijo la mujer.

—Aun suponiendo que encontré al ciervo por un sueño —contestó el ma-

rido—, ¿a qué preocuparse averiguando cuál de los dos soñó?

Aquella noche el leñador volvió a su casa, pensando todavía en el ciervo, y realmente soñó, y en el sueño soñó el lugar donde había ocultado al ciervo y también soñó quién lo había encontrado. Al alba fue a casa del otro y encontró al ciervo. Ambos discutieron y fueron ante un juez, para que resolviera el asunto. El juez le dijo al leñador:

—Realmente mataste un ciervo y creíste que era un sueño. Después soñaste realmente y creíste que era verdad. El otro encontró al ciervo y ahora te lo disputa, pero su mujer piensa que soñó que había encontrado un ciervo. Pero como aquí está el ciervo, lo mejor es que se lo repartan.

El caso llegó a oídos del rey de Cheng y el rey de Cheng dijo:

—¿Y ese juez no estará soñando que reparte un ciervo?



Flor Mendieta

Fábula 1

El pececillo, aburrido porque nunca le sucedía nada emocionante, decidió salir a la superficie de la tierra. En aquel instante sobrevino el diluvio universal.

Claudia Pinilla y Boris Pinto

El taller de los juguetes cantores

Sophía se quedó dormida con el cuento abierto sobre las cobijas.

Y soñando entre algodones, despertó en el justo momento en que un ratón se frotaba las mejillas con dolor repitiendo ¡Ay, ay, ay, es por mi violín!

Se sentó en el borde de una nota que, amablemente le sirvió de cuna y, aunque la luna le miraba la nariz se levantó asombrada, sonriendo y muy feliz.

¿Quién eres?, preguntó un amable fagot, no hay madera en tus zapatos ni

hay metal en tus vestidos

¿De qué lejanos reinos, entonces has venido?

¿Yo?, yo sólo leía un cuento, un maravilloso cuento de instrumentos, de enanos que hacían sonar los pianos, de príncipes enamorados de las flautas, de un guitarrón que cantaba serenatas y aves parloteando su canción entre las ramas.

¡Cómo!, ¿de instrumentos dices?

Ah sí... unos tan nobles, otros tan presumidos, unos tristes, otros atrevidos, algunos grandes, sonoros y panzones, otros muy dulces, repletos de canciones, de pulidas maderas y brillantes metales, juegan entre canciones con graciosos animales.

¿De madera y de metal has dicho?

¡Sí!... son formas y figuras y colores, me invitan a escuchar su buen sonido las arpas hilanderas de los vientos dorados, los cantantes de conciertos.

¿Escuchas nuestras voces?

¿Cómo pues, si no tenemos vida?

Si sólo somos metal, y madera y cuerda llenando los rincones polvorientos del taller...



Si tan sólo un niño nos tocara ¡Her-
mosas melodías, podríamos ser!

¡Yo!, ¡Yo quiero!, respondió Sophía,
¡Yo quiero tocar las melodías!

¡Qué suenen las canciones en los cuen-
tos!, ¡qué canten conmigo, los niños de
otros tiempos!, ¡qué bailen en las nubes!,
¡arriba con los vientos!

¡Que brillen en su canto, las trompetas
en los cielos!

¡Amigos!

Se escuchó la ronca voz de aquel fagot
ha llegado al fin el día de gran alegría
¡Qué canten las voces!, ¡qué suenen los
instrumentos!

¡Sophía!

¡Sophía ha despertado
cantando en un cuento!

Como un luthier en su taller, el Crea-
dor con un soplo nos ha dado la vida.

¡Prepárense y alégrense! ajusten corba-
tín y lustren los zapatos afinen esas voces,
¡ensayen ya su canto!

Unos van primero, otros van después
todos en hilera, esperen su ocasión no se
agolpen, no se empujen

Para todos hay tarima, para todos hay
función en el taller de los cantores, ¡Se-
ñores!, ¡para todos hay canción!

Enseñen a Sophía, y a los niños del
taller que en la orquesta de la vida cada
quien tiene su turno, cada quien en su
lugar en la orquesta de la vida, cada
quien lleva en su cuento una historia
por cantar...

Gabriel García Márquez

El drama del desencantado

...el drama del desencantado que se
arrojó a la calle desde el décimo piso, y
a medida que caía iba viendo a través de
las ventanas la intimidad de sus vecinos,
las pequeñas tragedias domésticas, los
amores furtivos, los breves instantes de
felicidad, cuyas noticias no habían lle-
gado nunca hasta la escalera común, de
modo que en el instante de reventarse
contra el pavimento de la calle había
cambiado por completo su concepción
del mundo, y había llegado a la conclu-



sión de que aquella vida que abandonaba para siempre por la puerta falsa valía la pena de ser vivida.

Andrea Bocconi

Tranvía

Por fin. La desconocida subía siempre en aquella parada. “Amplia sonrisa, caderas anchas... una madre excelente para mis hijos”, pensó. La saludó; ella respondió y retomó su lectura: culta, moderna.

Él se puso de mal humor: era muy conservador. ¿Por qué respondía a su saludo? Ni siquiera lo conocía.

Dudó. Ella bajó.

Se sintió divorciado: “¿Y los niños, con quién van a quedarse?”

Anónimo hindú

Ni tú ni yo somos los mismos

El Buda fue el hombre más despierto de su época. Nadie como él comprendió el sufrimiento humano y desarrolló

la benevolencia y la compasión. Entre sus primos, se encontraba el perverso Devadatta, siempre celoso del maestro y empeñado en desacreditarlo e incluso dispuesto a matarlo.

Cierto día que el Buda estaba paseando tranquilamente, Devadatta, a su paso, le arrojó una pesada roca desde la cima de una colina, con la intención de acabar con su vida. Sin embargo, la roca sólo cayó al lado del Buda y Devadatta no pudo conseguir su objetivo. El Buda se dio cuenta de lo sucedido pero permaneció impassible, sin perder la sonrisa de los labios.

Días después, el Buda se cruzó con su primo y lo saludó afectuosamente.

Muy sorprendido, Devadatta preguntó:

—¿No estás enfadado, señor?

—No, claro que no.

Sin salir de su asombro, inquirió:

—¿Por qué?

Y el Buda dijo:

—Porque ni tú eres ya el que arrojó la roca, ni yo soy ya el que estaba allí cuando me fue arrojada.



Jenny Paola Guerrero

Blanca sombra

Y fue ese beso, el que trajo a mi memoria los nervios, la intranquilidad, de aquel acercamiento clandestino...

Él caminaba lentamente al compás de olas y arbustos...

Este son era cómplice de nuestro encuentro, en el que los dos nos convertimos en la clara sombra de la noche.

Ahora me saluda el sol, es la hora de despedirnos.

B
L
A
N
C
A
S
O
M
B
R
A

Jenny Paola Guerrero - Guayaquil - Ecuador

